

del tiempo sacerdotal deben estar santificadas por la oracion, iluminadas por la instruccion y vivificadas por el divino comercio. El Oficio se compone de salmos, cánticos, himnos, lecciones, versículos, responsorios, etc., todo muy propio para cautivar bajo todas las formas el alma del Sacerdote, para hacer pasar brevemente (de donde viene el nombre de Breviario) por ella la religion entera y empaparla de cierto modo en las aguas vivas de la Sagrada Escritura, de la tradicion, de la doctrina y de la liturgia, para que rehecha, fortificada y nutrida con este celestial alimento, lo reparta en seguida á los fieles, ó para que él repare con esta abundancia de oraciones el criminal olvido hácia Dios, en que pierden el tiempo tantas otras almas.

El protestantismo ha suprimido naturalmente esta admirable institucion, recomendada por una antigüedad, la mas venerable, segun nos lo atestiguan San Cipriano, Tertuliano, las *Constituciones apostólicas*, las actas de los Mártires, la carta de Plinio á Trajano sobre las costumbres de los primeros cristianos, la carta de San Pablo á los Efesios, el Evangelio, en fin, y el ejemplo del mismo Jesucristo (1).

Sea lo que quiera de estas interesantes noticias, que no podemos hacer sino saludar, notemos la parte de la Santísima Virgen en este gran foco de vida sacerdotal, en donde se enciende la fé de los pueblos.

El Ordinario del Breviario, sea romano, sea parisiense, no se compone mas que de salmos, repartidos segun los dias de la semana: estos salmos son como el tronco del Oficio, y á ellos se unen como ramas y hojas las lecciones, los versículos; los responsorios, las antífonas, los himnos que componen lo que se llama propio del tiempo, y que varía en conformi-

(1) Véase á Bergier, Dic. Teológico, y las Instituciones litúrgicas de D. Gueranger.—Y aun se hace remontar la costumbre de esta reparticion de plegarias, la mayor parte de las cuales se componen de salmos de David, á este cantor, inspirado él tambien, que dice en el salmo 118: «Me levantaba á media noche para dirigiros mis alabanzas; os he alabado siete veces durante el dia, etc.»

CAPITULO III.

OFICIOS.

Oficio general.—Oficios particulares.

Además del Santo Sacrificio, además de las oraciones sagradas que están habitualmente en los labios de los cristianos, hay un conjunto de plegarias eclesiásticas con que la Iglesia cumple regular y constantemente con la obligacion de alabar á Dios, y que por esto se llama *Oficio*. Hay el Oficio general, en el cual es honrada la Santa Virgen; hay además Oficios especiales que le son dedicados mas particularmente. Vamos á examinar en dos párrafos estas dos formas litúrgicas del honor que la Virgen recibe.

§. I.

Oficio general.

Bien conocidas son de los fieles en este cuerpo de oraciones las *Visperas* y las *Completas* que se cantan todas las tardes de los domingos y fiestas; pero esto no forma sino dos partes de un conjunto que se compone de siete, á saber: *Maitines* y *Laudes*, *Prima*, *Tercia*, *Sestá*, *Nona*, *Visperas*, *Completas*; estos nombres son tomados de las diversas horas del dia, en las que deben rezar los eclesiásticos estas diferentes partes del Oficio, segun las prescripciones canónicas; de aquí el llamarse *Horas canónicas*: de suerte que todas las partes

dad con él. No se debe, pues, buscar en el *Ordinario* especiales menciones de la Santísima Virgen. Sin embargo, no podemos menos de observar una cosa, de singular gloria para esta *Reina del clero*, como la llama la Iglesia. Y es, que todo el Oficio, en cada una de sus partes, comienza alabándola é invocándola, y que el todo de él se termina diariamente por las oraciones mas bellas y los cánticos mas hermosos que se han consagrado á su culto.

En efecto, cada hora canónica, tomada separadamente, comienza por el *Padre nuestro* y *Ave María*, repetidos tantas veces como partes tiene el Oficio. La alabanza invocatoria de María, unida á la oracion mas escelente entre todas, abre y purifica los labios del Sacerdote y sube la primera al trono de Dios.

En cuanto á la terminacion del Oficio por sus dos últimas partes, en las cuales acostumbran los fieles unirse al clero, *Visperas* y *Completas*, nadie ignora el lugar que en ellas ocupa la Santísima Virgen. La Iglesia ha reservado para estas dos horas, en que toda la familia cristiana se reúne, las mas bellas alabanzas de la Madre de Dios. En las *Visperas*, ¿quién puede oír jamás sin una especie de religioso estremecimiento el *Magnificat*, cuando en los primeros acentos de este divino cántico, sacerdotes y pueblo se levantan con un movimiento unánime, y cuando al compás de la melodía del órgano, de los sonidos de las campanillas, entre las ondulaciones del incienso con que en aquel momento perfuman los celebrantes los altares, salen las estrofas inspiradas de mil bocas que forman una voz sola, y son devueltas por las bóvedas del templo, siempre insuficientes para su expansion? ¿Quién puede habituarse jamás al milagro profético del cumplimiento, siempre creciente, del oráculo de María: *Ecce enim ex hoc Beatam me dicent omnes generationes*, cuando el mismo Espíritu divino, que se lo hizo proferir, parece que pasa sobre nosotros para hacérselo repetir, para hacérselo transmitir de todas las generaciones que nos han precedido á todas las que deben seguirnos? ¿Quién no se siente conmovido en todos los otros versos en que la grandeza, la misericordia y el poder de Dios son cantados tan admirablemente por la humilde María, en

la cual produjeron con la mas alta perfeccion las maravillas que despues han reproducido en el mundo? ¿Quién no se siente inundado de amor y de fé al *Suscepit Israel puerum suum*, y de aquel *sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula*, que recorre todas las edades de la humanidad y las reconcentra en una sola familia, en un solo niño, en el seno de un mismo Dios, de una misma Madre?

«Los hijos de la mujer fuerte, descrita por Salomon, dice un antiguo autor, *se han levantado y la han proclamado Bienaventurada* (1). Levantémonos para tributar estos deberes á nuestra Madre, que tambien se ha levantado y se levanta (2) para atender á sus domésticos de noche, de dia, en todo tiempo y en toda ocasion, en la vida, en la muerte, despues de la muerte. Nuestros antiguos padres se han levantado para alabarla desde la noche de la antigua ley hasta el rayar del dia del Evangelio, y han continuado desde el medio dia hasta las visperas de estos últimos tiempos: levantémonos á nuestra vez sin degenerar de nuestros antepasados. Si sus alabanzas están á nuestras puertas, la salvacion estará en nuestros muros: *Occupabit salus muros tuos et portas tuas laudatio.*» (Isa. LX. 18.) (3)

Las Completas que terminan el Oficio acaban con aquellas bellas antifonas de la Santísima Virgen, acerca de las cuales dice Bossuet: «La Iglesia, siempre movida de las gracias que Dios ha hecho al género humano por medio de la Santísima Virgen, por la cual nos ha dado al Salvador mismo, canta sus alabanzas al fin del Oficio, y las termina por una oracion que dirige á Dios para agradecerle los inestimables tesoros que ha hecho á esta Virgen purísima, y para rogarle al mismo tiempo tenga por aceptables, en nombre de Jesucristo, las plegarias que su Santísima Madre le hace por nosotros (4).»

(1) Surrexerunt filii ejus et Beatissimam prædicaverunt. Prov. XXXI-28.

(2) Exurgens autem Mariæ... cum festinatione... Luc. 1-39.

(3) La oracion de los hijos de la Virgen, por el R. P. Gregorio Nacianceno, pág. 7.

(4) El Oficio de la Iglesia.

Estas antifonas, como es sabido, son en número de cuatro, y llenan sucesivamente todo el tiempo del año eclesiástico, por una correspondencia de la gloria y de la grandeza de María con los principales misterios en que ella ha tenido parte. Así, desde el primer domingo de Adviento hasta la Purificación, es el *Alma Redemptoris mater*, donde es glorificada la maternidad de María.

Se atribuye esta primera antífona á Hermann Contract, religioso benedictino, que vivia en el siglo X. La habilidad humana hace en esta antífona un llamamiento al glorioso y misericordioso auxilio de la Madre del Salvador con acentos los mas patéticos:

Alma Redemptoris Mater, quæ	Madre fecunda del Redentor,
pervia cœli	que sois la Reina del cielo,
Porta manes, et stella maris,	siempre abierto, y la estrella de
succurre candenti,	la mar, socorred á este pueblo
Surgere qui curat, populo: Tu	que cae y que busca cómo le-
quæ genuisti,	vantarse. Oh vos, que con gran-
Natura mirante, tuum sanctum	de admiracion de la naturaleza
Genitorem;	disteis nacimiento á nuestro
Virgo prius ac posterius, Ga-	Divino Autor, Virgen antes y
brielis ab ore	despues del parto, á quien di-
Sumens illud Ave, peccatorum	rigió Gabriel la salutacion, ten-
miserere.	ed piedad de los pobres pe-
	cadores.

Desde la Purificación hasta el Jueves Santo, es el *Ave Regina Cœlorum*, donde la Magestad celestial y angélica de María es celebrada por el beneficio consumado en la Encarnacion.

El origen de esta antífona es de los mas antiguos; consta de una sola aspiracion, es como una salve de honra y de aplausos á la Reina del cielo, que termina con una tierna despedida y una tierna súplica á su intercesion.

Ave Regina cœlorum,	¡Salve, Reina de los cielos!
Ave, Domina Angelorum;	¡Soberana de los Angeles! ¡Sal-
Salve, Radix; salve, Porta	ve, raiz de Jessé! ¡Salve,
Ex qua mundo lux est orta:	Puerta del cielo, de donde se
Gaude, Virgo gloriosa,	ha levantado la luz sobre el

Super omnes speciosa.	mundo! ¡Alegraos, oh Virgen
Vale, o valde decora	gloriosa, que aventajais á to-
Et pro nobis Christum exora.	das en belleza! ¡Adios, oh toda
	bella, é implorad el auxilio de
	Cristo en favor nuestro!

Desde el Sábado Santo hasta Pentecostés, es el *Regina Cœli lætare*, donde el triunfo de la Resurreccion brilla en la alegría de este corazón de María, al que acaban de inundar las amarguras de la Pasion.

Este cántico trae su procedencia de San Gregorio el Grande y tiene un origen maravilloso. Un Angel lo hizo oír de lo alto del cielo el dia de Pascua, en una procesion en que aquel Santo Pontífice, con todo su pueblo, venian de obtener la cesacion de una peste por la intercesion de María. San Gregorio añadió solamente á ella la invocacion con que acaba:

Regina cœli, lætare	Reina del cielo, regocijate:
Alleluia!	alabad á Dios; porque aquel
Quia quem meruisti portare,	que fuiste digna de llevar en
Alleluia!	tus entrañas, alabad á Dios;
Resurrexit sicut dixit	resucitó como dijo; alabad á
Alleluia!	Dios. ¡Rogad á Dios por nos-
Ora pro nobis Deum,	otros!
Alleluia!	

Finalmente, desde la Trinidad hasta el Adviento es aquel *Salve Regina* quien reasume todos los acentos, todos los gritos de agonía de la miseria humana hácia la Madre y abogada que el cielo le ha dado.

La *Salve Regina*, es el cántico católico por excelencia; por esto ha tenido que sufrir todos los ataques de la heregía que se han estrellado contra ella. Atribuido á Hermann Contract, fué muy pronto repetido por el pueblo, aprobado por los Doctores, adoptado por la Iglesia, como el cántico del destierro del alma que suspira para el cielo. Está recomendado por la predileccion de San Bernardo, que añadió á él como por inspiracion la triple invocacion que lo termina, en una circunstancia memorable que tendremos ocasion de referir. «Compuesto por los Santos, instituido por los Santos, propuesto por los Santos, escribia el doctor Canisio, de una

dulce gracia, de un sentido fecundo, de una profundidad misteriosa, entenece el corazon, y nutre é inflama las íntimas disposiciones del alma para el culto de la Madre de Dios. Refiérese que salió con el último suspiro de los labios de Cinq-Mars.

Salve, Regina, Mater misericordiæ, vita, dulcedo, et spes nostra, salve. Ad te clamamus, exules filii Evæ: ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle. Eia, ergo. Advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte: et Jesum benedictum fructum ventris tui nobis post hoc exilium ostende: O clemens, O pia, O dulcis Virgo Maria!

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve. A tí llamamos los deserrados hijos de Eva, á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos; y despues de este destierro, muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre; Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!

No olvidaré jamás la impresion que me causó en la grande Trapa el cántico *Salve Regina*. Todo lo que se me habia dicho de él fué superado; á la manera de aquellos espectáculos de la naturaleza, el mar y las montañas, que ella misma se ha reservado dar á conocer. A la caída del dia, cuando todo se reconcentra en la naturaleza y en los corazones, en el religioso silencio del aire, déjase oír el toque de la campana. Todos los trabajos cesan de todos los campos, de todos los talleres del Monasterio; los religiosos, los legos, los criados, acuden á la capilla, se reconcentran en medio del coro: y allí, en pié y cara al altar, en la sombra sagrada del santuario, entonan este inmenso *Salve*, cuya primera nota, creciendo indefinidamente y suplicando, parece extenderse á todo el ámbito que separa la tierra del cielo. Todas las entonaciones de este cántico admirable, moduladas por doscientas bocas que respiran sus sentimientos y que no se abren sino para hacerlo oír, pulsán en seguida con lentitud todos los resortes del alma cristiana, desde aquel *et Jesum Benedictum*,

cuyo profundo bajo espresa todo el abatimiento, toda la anadacion del Hijo de Dios que bajó á la tierra, hasta á aquel *O Clemens! O Pia! O dulcis Virgo Maria!* que sube á herir el cielo con sus sonoras ondulaciones, como para arrancar de él la misericordia y la piedad.

Así dá fin el oficio como ha principiado, con la alabanza y la invocacion de María; así dá fin el dia en la Iglesia, es el último saludo y como las *buenas noches* de la familia humana replegada en el seno de Dios por María, para descansar en ella bajo su maternal proteccion.

Y aun, ¡admirable perseverancia! terminado el oficio, el corazon del Sacerdote, inquieto por las distracciones y olvidos que puede haber tenido durante su curso, vuelve á Dios para hacérselos perdonar por esta sublime oracion instituida al efecto:

A la sagrada, santa é indivisible Trinidad,—á la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo crucificado:—á la fecunda integridad de la Bienaventurada y gloriosísima Virgen María, siempre Virgen; y á la compañía de todos los Santos, sea para siempre alabanza, honra, virtud, gloria de parte de toda criatura, y á nosotros remision de todos nuestros pecados, en todos los siglos de los siglos. Así sea.

Ÿ. Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que han llevado al Hijo del Eterno Padre.

Ŕ. Y bienaventurados los pechos que han dado de mamar á Cristo Nuestro Señor.

Padre nuestro, etc.

Dios te salve, María, etc.

María, siempre María; no somos nosotros, es la Iglesia, es el Cristianismo en la liturgia de todos los pueblos que viven de su fé.

Mas esta fé cristiana, católica, no se ha contentado con este homenaje y con este recurrir á María en el oficio comun de la Iglesia; ella le ha consagrado, además, oficios especiales á los cuales debemos ahora nuestra atencion.

§. II.

Oficios especiales y oficio del sábado en particular.

Hay tres oficios especiales consagrados á la Santísima Virgen: un oficio pequeño, principal, que se añade todos los días al oficio general, y que se llama *Officium parvum*, oficio parvo.—Un oficio mayor del sábado, que reemplaza en dicho día (cuando no es día de fiesta) al oficio general, y que se llama oficio de la Virgen María en el sábado; *Officium B. M. V. in sabbato*;—y un oficio comun para todas las fiestas de la Santísima Virgen durante el año, sin perjuicio del que hay particular para cada una de ellas, es el oficio *in festis B. M. per annum*. Así cada día, cada semana, cada tiempo del año está consagrado especialmente por un oficio de la Santísima Virgen. Este lujo no admirará á los [que ignoran todavia todo aquello que tenemos que darles á conocer sobre este asunto.

El oficio *in festis per annum* se encontrará en lo que diremos sobre las fiestas de la Santísima Virgen. Ahora no trataremos sino del *oficio del sábado* y del *oficio parvo*, y principalmente del primero.

Desde tiempos antiguos, el sábado ha sido como el *domingo de María*, siéndole consagrado especialmente, no solo por un oficio especial, sino tambien por una Misa llamada *de Beata*, y esto en todos los ritos del mundo cristiano. Este uso, dice Duran de Mendo, lo trae su origen de que en otro tiempo, en cierta Iglesia de Constantinopla, habia una imágen de la Bienaventurada Virgen, ante la cual pendia un velo que la cubria toda entera; mas este velo, la noche de la feria 6.^a (el viernes despues de vísperas) se apartaba de la imágen sin que nadie tocase á él, y por solo milagro de Dios, como si fuese elevado hácia el cielo, á fin de que la imágen pudiera ser vista perfectamente por el pueblo. Y despues de las vísperas del sábado, el mismo velo bajaba delante de la imágen y permanecia así hasta el viernes siguiente por la noche (1).

(1) *Rationale divinatorum officiorum*. Lib. IV, cap. I, n.º 31.

Mas este *velo* manifestaba tambien las *razones* de consagrar el sábado á la Santísima Virgen; y estas razones litúrgicas que justifican y animan semejante institucion, son diversas y muy bellas. La primera, es que cuando Nuestro Señor fué crucificado y muerto, y sus discípulos huyeron y desesperaron de su resurreccion, en aquel sábado que precedió á esta, solo María conservó toda la fé en su divino Hijo; porque ella sabia de qué manera lo habia concebido y dado á luz, y estaba segura que el Hijo de Dios, que de semejante modo habia tomado la vida en su seno virginal, la volveria á tomar en el sepulcro. Glorioso recuerdo de la fé única de María, representante en aquel momento de toda la Iglesia, y á quien toda la Iglesia debia juntamente festejar. A esta primera y principal razon han venido á agregarse estas: que el sábado es la entrada del domingo, y que siendo María para nosotros la puerta que nos franquea la entrada al reino de los cielos, simbolizado en el domingo, el sábado debia serla consagrado;—que convenia que la solemnidad de la Madre fuese la vigilia y como la aurora de la del Hijo;—que el día en que Dios descansó del trabajo debia ser festejado, como lo ha sido en toda la antigüedad, y que no podia serlo mejor que por la fiesta de la que ha sido como el lugar de *descanso* para el Verbo, por quien todo ha sido hecho, entre nosotros;—en fin, el sábado es tambien celebrado como simbolo profético del sábado de la grande semana que comprende todos los siglos, y cuyo domingo será la eterna bienaventuranza. En esta tarde del mundo, en estas *completas* de la creacion, la Virgen María será glorificada por la Suprema Misericordia, á la cual servirá de instrumento para con los elegidos, y por el triunfo final de la familia de Dios de la cual es Madre. ¡Es un gran culto el que se ofrece en todas partes bajo aspectos tan luminosos y tan sublimes!

Estas son las razones por las que el sábado está consagrado á la Santísima Virgen por un oficio especial y por una Misa en su honor; y no es uno de los menores caracteres del eclipse de la vida cristiana en este tiempo, la ignorancia ó el olvido de esta institucion.